



# Clarooscuro del Cine

## Charles Boyer en primer plano

LA popularidad de Charlot encarnaba perfectamente en aquellos años en que el humorismo tenía como siempre una medula amarga, y en que la sociedad tenía algo de ese ser *vagabundo*, ya destrozado y ya hambriento, que Charlot se complacía en representar. Es un momento ingenuo. La carcajada de Harold Lloyd brota bajo sus gafas grandes que lo hacen estudiante permanente que nunca acaba de conseguir su primer aprobado. Buster Keaton es el enigma de otra carcajada, con su clásica «seriedad de burro», con su nerviosismo de no saber hacer nada. Incluso el galán es todavía Maurice Chevalier, galán muy XIX con hongo, con cara larga y rebosante de una alegría demasiado ingenua o que ya nosotros recordamos demasiado falsa. Cuando llega el primer plano de Greta Garbo, el cine ha enfocado hacia campos más espirituales. Con Greta llega al films el espíritu de la carne. Y Greta se complace en coquetear con ese espíritu: espíritu de la carne que es ella y para siempre. Poco importa que una vez sea Cristina de Suecia o que otra se llame Margarita Gautier, Greta es ese espíritu desde sus primeras películas: aquellas de faldas largas y sombrero de casquete, cuando sus mejores fotos se recogieron en «Blanco y Negro», cuando faltaba mucho para que Greta amase a Napoleón desde su puesto de Condesa Polaca. Pero cuando Greta se llama María Walenska, Napoleón se llama Charles Boyer.

Es que Greta está por encima de la moda. En los años en que frivolidad elevó como favorito a Robert Taylor, éste fué el Armando de su romanza y de su enfermedad, ahora que el cinismo levanta a Charles Boyer con él va Greta a vivir su aventura.

Charles Boyer es el perfecto cínico. De Robert Taylor a él median muchas cosas. Es algo descuidado, lo que contrasta con aquella pulcritud del galán yanqui que se emborrachaba de etiqueta, y que sólo bebía «coñac». Boyer viste de oscuro y aparenta una seriedad que no tiene. Boyer es el enigma que no encierra nada, el cínico que chilla y casi ha perdido el corazón. Por eso gusta hoy: se le supone más experiencia, más popularmente, aunque más grosero, un «enteramiento» que le coloca por delante, en primer plano. No hay en él inconsciencia ni arrebato juvenil. Sus pasiones llegan maduras y su primera indiferencia, clave de su inmediato conquistar, es sólo madurez y táctica. Ya ha seducido a Greta, que es algo difícil. Y ha seducido a esas legiones de niñas rubias que van al cine a dejarse seducir en un deseo de coquetería en que la oscuridad de la sala les permite sólo dar, sólo ser, una de las caras que Greta vive en la pantalla de esa vida suya de dar y no dar, ser y no ser.

Y Charles Boyer ha logrado así su encumbramiento: sembrando cinismo en un campo tan propicio, en esta Europa de hoy que enciende velas a Dios y al Diablo, que adora la pobreza y el becerro, que prefiere en el amor el juego y que no sabe perder, porque son muchas partidas las que juega en cada mesa. Y una, quieran o no, la juegan con el galán cinematográfico de moda, hoy con éste que consideran peligroso, porque nuestros años son un diario coqueteo con el peligro.

AGAM.

## Tres copias y un negativo

William Powell era con Mirna Loy la pareja que representaba la frivolidad más elegante, una frivolidad madura que jugaba a conservarse joven, siempre joven, y así se ha quedado atrás: una pareja simpática, aunque Mirna sirva para mecanógrafa y aunque William nos dé el parche con su aire de intelectual.

\* \* \*

Laurence Oliver será para siempre el *Rebeco*. Nunca conseguirá perder ya ese aire de agobio que Rebeca proyecta con su sombra sobre él. Tendrá atractivo para todas las mujeres que soñaran ser ellas quienes puedan hacerle olvidar esa Rebeca inclinada que como un destino se entrecruzó en el camino de Jean Fontaine, la artista joven que un poco despeinada distanció una tarde a Danielle Darrieux que se quedó con frío y con la espalda al aire en el despacho de un jefe de policía francés.